

«Se lo llevó El Chamuco». El trato familiar hacia el Diablo en algunos ejemplos de la literatura oral de México

Claudia CARRANZA VERA
(El Colegio de San Luis, A.C.)

ABSTRACT. This article is a review of some lexical examples and texts from oral literature, in which it can be seen the representations that have being given to the Devil and to the Hell in mexican culture. The analysis focuses on the folklore devil and analyzes the functions of this representations, which serves as a catalyzer for some of the emotions, positive and negative, of the Mexican society.

KEYWORDS: devil, oral tradition, spell, bingo, traditonal song.

RESUMEN. Este estudio realiza una revisión de algunos ejemplos léxicos y de textos provenientes de la literatura oral actual (paremias, coplas, narraciones), en donde es posible apreciar las representaciones que suelen hacerse del Diablo y del Infierno en México. El análisis se centra en el diablo folklórico y analiza las funciones que este personaje puede tener para exponer y catalizar algunas de las emociones, positivas y negativas de la sociedad mexicana.

PALABRAS-CLAVE: diablo, tradición, conjuro, lotería, canción.

Hablar del Diablo y su Corte resulta problemático, por no decir que imposible para un estudio breve como el que pretendo realizar aquí, en primer lugar, como es lógico, por el simbolismo y el inagotable trasfondo histórico, cultural y social de este personaje¹. México, no cabe duda, importó al Diablo ortodoxo y también adoptó fácilmente a los diablillos que se encuentran en otras culturas, esos, a decir de Burton Rusell, personajes «folklóricos» que en realidad provenían y tenían las características de «otros conceptos», de dioses «paganos» que fueron satanizados por la religión oficial (1995: 67-100). Algo similar ocurrió en México, en donde las deidades indígenas se identificaron rápidamente con demonios de todo tipo.

El personaje sin duda ha tenido fortuna en nuestro país, en donde se le identifica como una entidad maligna y terrible, pero a la vez suele representarse como el ser cómico e incluso picaresco, un ser «que pocas veces asusta y las más recibe un trato familiar» (Masera, 2004: 444) y que en algunos casos también funciona como catalizador de conflictos sociales, económicos e incluso religiosos.

El punto que me gustaría tratar en las siguientes páginas es el del «trato familiar» que damos al Diablo en México, y que se refleja en el lenguaje cotidiano: en los nom-

¹ Cabe mencionar que importantes investigaciones se han hecho ya a partir de nuestro personaje en México, sobre todo durante el Virreinato, que es cuando la evangelización impone los dioses y demonios judeocristianos a las creencias y prácticas precolombinas. Al respecto, véase Javier Ayala, *El diablo en la Nueva España*, Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 2010; Fernando Cervantes, *El diablo en el Nuevo Mundo. Impacto del diabolismo a través de la colonización de Hispanoamérica*, Barcelona, Herder, 1996. Félix Báez-Jorge, *Los disfraces del diablo. (Ensayo sobre la reinterpretación de la noción cristiana del Mal en Mesoamérica)*, Universidad Veracruzana, 2003.

bres que otorgamos a determinados objetos, en dichos, refranes, versos, coplas², canciones infantiles, juegos y algunas narraciones en las que, por otra parte, puede llegar a percibirse un trasfondo de lucha o de inconformidad.

Es necesario aclarar que por lo pronto me centraré únicamente en la percepción occidental, mestiza, tomando en cuenta que la cultura de la mayoría de los mexicanos tiene importantes sincretismos con las culturas indígenas, pues México es un país con innumerables lenguas y variantes, y por lo tanto diferentes maneras de percibir la realidad, la vida, la muerte, las costumbres, y que por lo mismo pueden tener distintas explicaciones e ideas sobre el mundo.

Asimismo, es importante tomar en cuenta que si bien en ambos casos coexiste la visión oscura, tenebrosa y amedrentadora de nuestros personajes, no es esa la parte que en esta ocasión trataré, sino la hilarante, aquella que se reconoce desde la manera en la que nos dirigimos al «Amigo».

1. TODOS SUS NOMBRES

Se dice que los nombres que damos a entidades sobrenaturales funcionan como eufemismos, «para restarle importancia y poder, de esa manera, dominar mejor el miedo que le produce», decía Lope Blanch, pero, además, agregaba «Las otras causas –tabú, superstición, convencionalismo social– intervienen también sin duda en la formación de este léxico particular, pero –destacaba el investigador– para hablar sobre el caso concreto del tratamiento que en México damos a la Muerte, estas causas se dan «en proporción mucho menor que el humorismo» (1963: 11-12).

Al Diablo, al igual que a la Muerte, se le suele dar un trato de parentesco en muchos lugares de México, en donde se le denomina con esa «irrespetuosidad, esa confianza festiva» (Lope Blanch, 1963: 5) y por eso lo llamamos «Compadre» o «Amigo». En otros lugares se le suele conocer como el: Patetas, Patotas, Panfletas o «Patatas de cabra», «El Cachudo», y en las leyendas en donde puede o no ser amigable se le dan nombres como: El Catrín, El Malo, la Cosa Mala, Demoño, Maldito.

Hay cierta normalidad en los nombres cómicos que suelen darse al «Ángel caído». Ya en el siglo XVII, Luis Vélez de Guevara, Francisco Rojas Zorrilla y Mira de Amescua decían que los mismos diablos «se andan de chacotas, / pues se ponen tales nombres» (Chevalier, 1999: 84). Como comenta José Manuel Pedrosa,

La tensión entre la seriedad que la Iglesia se empeñó en atribuir a las representaciones y descripciones del diablo y la parodia humorística que preferían tanto los escritores no ortodoxos como el pueblo encuentra asimismo reflejo en los nombres que unos y otros atribuían al maligno. Si los propagandistas eclesiásticos elaboraron extensos e impresionantes elencos de nombres llamativos y solemnes, enraizados en étimos hebreos, griegos o latinos, el pueblo inventó, como respuesta, todo tipo de sobrenombres y de apodosos decididamente cómicos, ridículos y hasta vulgares. No era raro, en las actas de procesos inquisitoriales, encontrar al diablo identificado por los nombres de *Peregrinillo raro o grande, Capitán, Cochero, Patilla, Pateta, Pero Cuartos, Pérez Macarrón, Pedro Botero*, o por los epítetos chirigoso, garroso, picarillo, bullaqué, barbarote... (Pedrosa, 2004: 87)³.

² Un trabajo que es imprescindible para el estudio del diablo en el Cancionero, desde el Virreinato hasta el siglo XX, es el de Mariana Maserá, 2004.

³ Otros nombres que podemos encontrar en el siglo XVII, podrían ser: «Asmodeo, *Barrabás*, Satanás, Belcebú, Capitán, Cayfás, Sordillo, Modorrón, Zamarrón, *Brazos de yerro*, Pelón, Soplón, el citado Patalón, Orejón, Galfarrón (ff. 64-64v), la lista se amplía un poco más adelante con los nombres Melón, Manazas, *Ojazos*, Mentecato, Revoltoso, Ventoso, Lanón, Dragón, Culebrón, Serpiente, Sierpe oscura, Abejón, *Moscón*, Cazcarrión, Trillón, Piernas gordas, Brazos de lana, Caxcón, *Montañés*, Bozón, Deseo,

En las comunidades indígenas, se le da el nombre de «Diablo» a otras entidades que anteriormente fueron dioses o seres sobrenaturales. Así, por ejemplo, entre los p'urhépechas de Michoacán, suele confundirse al Maligno con la Japingua o la Miringua. En Oaxaca: «el mazateco “Chat'ó”, el tacuate “Cui'na” o el “Ra'ñava'ha” mixteco» (Marroquín Zaleta, 45). Otros «señores», dioses o seres de la naturaleza como: Tlaccatecolotl, Coyodiablo, Tecocolihtketl, también pueden identificarse alternativamente como el Diablo entre los nahuas. Otros nombres de aparente raíz africana es el Mandinga, o el Candinga.

Suelen considerarse sinónimo del Maligno a Judas «símbolo del mal y de la traición se identifica a cada instante en la mente popular con el demonio», «Pifas se relaciona actualmente con el diablo en la frase estereotipada “llevárselo Pifas” = ‘morir’, a través de Gestas ‘ladrón y demonio’» (Lope Blanch, 1963: 31).

Todos los diccionarios coinciden con que «El Chamuco» es el «Nominativo familiar del diablo», ninguno suele dar una etimología clara. Nosotros podríamos aventurar que es un nahuatlismo que podría estar emparentado con voces como: ‘chamaco’ (ca), que a decir de Santamaría provendría de la voz azteca *chamua*, engruesar, o de *chamauac*, grueso, y que se refiere a muchachos o niños. También está cercano a la voz ‘chamagoso’, de *chamactic*, que es «cosa gorda y crecida, o cosa basta, como lana grueso y que significa: “persona vestida de jerga, mal prejeñado /vulgar, deslucido”». Tendría sentido, si tomamos en cuenta que el Diablo representa virtudes negativas, entre estas, la falta de limpieza y la tosquedad⁴.

Quizá por esta razón una revista de sátira política de México recibe el nombre *El Chamuco y los hijos del averno*, y en ella los ilustradores, entre estos algunos de los más importantes moneros de México, representan, de forma grotesca, a políticos y acciones que resultan por demás absurdas, ridículas, por no decir que injustas y nefastas⁵.

Robador de buenos deseos, Narigón, Dentón, *Soplón*, Malvado, Uñas largas, Botador, Joro, Eltierto, Espíritu fetidísimo, Infernal y el citado *Ropasuelta* (f. 181)», (Madroñal, 2001: 335).

⁴ Y quizá también podrían tener una asociación con la voz ‘chamico’: «(Del quichua, *chaminco*./ Del maya *sham*, retardar; *mi*, negación, e *ik*, respiración [...]). Planta solanácea de propiedades narcóticas enervantes y venenosas común en toda América; también llamada *estramonio* y, además higuera infernal, *toloache*, yerba del diablo [...]. Por errata inadvertida, el Diccionario manual dice *chamigo*» (Santamaría, 2005).

⁵ El Diablo ha tenido mucho éxito en la prensa satírica de México pues antes de esta revista se encuentra otra que comenzó a publicarse por los humanistas del siglo XIX y que también emplea al Diablo en sus ilustraciones, sus títulos eran: *El Ahuizote* y más adelante, *El hijo del Ahuizote*. Respecto a esta revista y su importancia, véase *El país de «El Ahuizote». La caricatura mexicana de oposición durante el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada (1872-1876)*, Rafael Barajas Durán «El Fisgón», México, Fondo de Cultura Económica, 2005.



Cuando se dice que a alguien «se lo llevó el Chamuco», eso implica que «pasó a mejor vida». Lope Blanch agregará a este significado que «en el habla rústica de algunas zonas del interior, “llevárselo el charro” es equivalente al de “llevárselo el Chamuco”» (1963: 31). El último de los casos se debe a una asociación con leyendas que aseguran que este personaje se presenta ante sus víctimas vestido con un traje de charro negro o como «El Catrín», nombres con los que también suele ser conocido nuestro personaje, que por lo regular representa a hombres poderosos, bien vestidos, elegantes, atractivos, es decir, a personajes tipo que, por un lado, se «vinculan [...] con determinados valores mundanos que permiten asociarlo a la seducción y la tentación» (Ramírez González, 2014: 148), y, por otro, representan también anti-valores, como el despotismo, la soberbia, la vanidad e incluso la avaricia. Un ejemplo, recogido en Guadalcázar, San Luis Potosí, en mayo de 2010, nos dará una idea de esta percepción del diablo:

—¡Diablo, quiero platicar contigo! Bueno, pus entonces este...

—¿En qué forma quieres conocerme?

—Ah, pus, bueno, un charro a caballo.

—Bueno, ta bueno. Ahí te hallo al rato.

Y ya que iba caminando así, sin pensarlo.

Cuando nomás ahí en la esquina da vuelta el caballo, nomás le rechinaba así el ajuar que traía, la montura. Puro bueno.

Ya que llegó, y que ya, lo encontró.

—¡Quihubo! Yo soy el que te ando buscando.

—Ah, bueno. Entonces, ¿Qué era lo que querías?

—No pus es que ando fregado.

Y ya, que el diablo que saca un cigarro y que le dio.

—Fúmate un cigarro.

Y ya lo agarró el señor. Como un amigo ve, da, le ofrece un cigarro luego, luego. Pero que el señor se espantó. Él se estaba fijando a ver que hacía. Y que ya cuando iba a prender el cerillo para el cigarro, que nomás le hizo a la uña así [hace el gesto de prender fue-

go], en la montura: Prendió el dedo. Entons, que se espanta. Y ya no lo volvió a ver. Se espantó y se cayó de susto. Nomás con mirar el dedo que le prendió⁶.

2. OTRO CONCEPTO: EL CAZO MOCHO

La muerte, como acción, al igual que el Infierno tampoco gozan de mucho respeto en México, en donde es frecuente escuchar decir:

«irse a los apretados infiernos, irse de patitas o de cabeza al infierno, irse a las calderas de Pedro Botero⁷, irse (derechito) al infierno, al horno, a la hornilla o a la lumbre; caminar hacia el asador, irse a ver o a conocer los infiernos [...] irse a arder al infierno [...] y, con mayor rebuscamiento, muy ocasionalmente, arder en el averno, irse a las igníferas trojes y hallarse o estar ya bien frito [...] Se dice que alguien se largó o se fue con el diablo, o con Luzbel, que se fue a verle las barbas a Barrabás, que ya le está viendo la cola al demonio, o que ya el diablo ronca con él»⁸ «sacar boleta pa'l infierno»; «mandar a uno con el demonio o con Belcebú» (Lope Blanch, 1963: 60, 63 y 132).

Se suele decir: «chamuscarse en los infiernos»⁹ o bien, «irse directamente al *cazo mocho*»¹⁰. La última frase parece tener fortuna y se emplea desde el siglo XIX, a pesar de ello, no suele registrarse en los diccionarios de Mexicanismos, esto se debe a que sólo se emplea en algunos estados de la República Mexicana.

Respecto a su uso en la actualidad, recordemos la siguiente narración del escritor Guillermo Sheridan de un fenómeno ¿geológico? ocurrido hace algunos años en la Ciudad de México:

Hace unas semanas ocurrió algo aún más extraño: en pleno centro de la ciudad, luego de retumbar en sus centros la tierra unos minutos¹¹, varias alcantarillas lanzaron no agua (como es normal que no sea normal) sino unos elevados, ruidosos, potentes chorros de fuego (que es no normal no normal), como los escapes de un cohete lanzado al fondo de la tierra desde el cabo cañoveral urbano.

Predeciblemente, la turba perdió la calma (que nunca ha tenido) y corrió aterrada, clamando al Altísimo, segura de que en cualquier momento se rajaría el pavimento y la

⁶ Grabamos este relato como parte del Trabajo de Campo realizado en la materia de Literatura Tradicional de la Maestría en Literatura Hispanoamericana de El Colegio de San Luis, dirigida por la Dra. Mercedes Zavala. La transcripción que realizo de esta y otras narraciones orales que reproduciré en este artículo, la hago respetando, en la medida de lo posible, la oralidad del texto, de esta manera, la puntuación respeta las pausas del relato original, se respetan apócopos coloquiales, como el *pus*, en lugar del 'pues', *quihubo* en lugar de 'qué hubo' ('¿qué ha pasado?', 'qué novedades hay?'). Y también se respetan las muletillas, como *este...* o *bueno*.

⁷ Me queda alguna duda respecto al uso que se le da a esta frase que en realidad proviene y se encuentra más viva en la tradición oral española. Sin embargo, puede ser que en los años en los que el lingüista hizo su recolección, sí se empleara en México.

⁸ También se dice «roncar con la catrina», equivalente también a morir (Lope Blanch, 1963: 35).

⁹ El verbo chamuscar podría tener algún parentesco con «chamuco», pues significa 'quemarse'. Según Santamaría (2005), la voz define a la acción de «vender afectos a precio menor que el corriente, para hacerse de fondos». Otras voces similares para el autor son «chamusquera» y «chamusquina», que se emplea en diferentes lugares como 'quemazón'. La última define, «en algunas partes de (Tabasco), castigo que alcanza a varios, o acción cuyos efectos reciben indistintamente muchas personas» (s.v. 'chamusquina').

¹⁰ Podría ser que en este caso la voz «mocho» tenga que ver con la carencia de una de las asas del cazo, lo que en realidad podría ser coincidente con la condición demoniaca de la imperfección. Pero también hay que recordar que en México el mocho es el «santurrón», como bien lo describe el *Diccionario de la Real Academia Española*, que es quien «cumple con las devociones y las prácticas de su religión con celo excesivo y poco juicio».

¹¹ «Retumbar en sus centros la tierra» es una cita proveniente del *Himno Nacional de México*.

gente caería en racimos derecha al **cazo mocho**. ¡Altas, bramantes columnas de fuego bíblico, con su habla arcaica de frases ominosas! Las explicaciones se antojan inverosímiles: unos cables quemados ¿generan esa cantidad de BTUs? Supuse que más bien el fenómeno obedecía a que la hedionda Coatlicue, que duerme bajo el estacionamiento de Bellas Artes, habría por fin largado un espantoso flato que llevaba cinco siglos preparando¹².

La frase sí se llega a emplear en el habla cotidiana y prueba de ello son comentarios que circulan en la red como el que sigue en contra del Gobierno de Jalisco: «Yo esperaba que no: que los gobernantes ladrones se fueran directamente al “cazo mocho” (como dice la gente al referirse al infierno) y que “los quemaran con leña verde...”»¹³.

Esta acepción que sin duda hace alusión a una cacerola, mal hecha, como todo lo demoniaco, en la cual hierven las almas del mismo modo que el chicharrón, también se puede encontrar en obras de diferentes autores, así, por ejemplo, Amado Nervo retrata una escena en la que un muchacho voyerista es reprendido por un mayor:

—¡Me vas a sacar canas verdes! ¿Quién te ha abierto los ojos, segundo Pedro de Urdemalas, para que hagas esas cosas? ¿Qué diría don Pascual, qué diría tu santa madre adoptiva, si supieran que, todavía con la leche en los labios, cometes actos tan pecaminosos y torpes?... Allá te lo hayas, hijo; allá te lo hayas. El **cazo mocho** es muy grande, y un día de estos cargan contigo todos los enemigos malos, para atormentarte *per saecula saeculorum* por donde más pecado hayas habido!...

Como Pascual en su casa no quebraba un plato, al parecer, siguiendo su tendencia al disimulo, que le permitía espiar solapadamente a las criadas y a su propia madrastra cuando se bañaban¹⁴.

La reprimenda se construye a partir de referencias hispánicas que también se encuentran en la tradición oral de México: como el nombre de Pedro de Urdemalas, y la cita del romance del Rey don Rodrigo, que sin duda combinan con la retahíla de regaños que involucran, incluso, una frase en latín proveniente del sermón dominical. Algo más oral es un relato como el que aporta Gregorio Torres Quintero en los *Cuentos colimotes*:

¿Qué era aquel trueno? Las viejas decían que era el hervor del **cazo mocho** en el infierno cuando los diablos le atizaban la lumbre; pero las gentes mejor informadas decían que en los acantilados de la costa había una honda cueva y que las olas del mar, cuando soplabla la borrasca, caían enormes y pesadas sobre la boca...

En recolecciones de narrativa oral, encontramos más ejemplos, un caso es el del siguiente cuento, que tiene como protagonista a Juan Pelos, una variante de Juan el Oso:

Al día siguiente, el padre le dijo: —Mira, Juanito, te voy a pedir otro favor. Necesito que me lleves esta carta a esta dirección. Es un viaje largo, así que dime qué necesitas llevarte.

¹² «El enigma de las alcantarillas», 11 de agosto de 2009, en *El Universal*, <<http://www.eluniversal.com.mx/editoriales/45197.html>>. Consultado el 12 de diciembre de 2013.

¹³ «Promocionar y gastar del erario», Ramón Trejo Ramírez, Red Universitaria de Jalisco, 28 de octubre de 2013, <http://gaceta.udg.mx/G_notal.php?id=14788>. Consultado el 12 de diciembre de 2013.

¹⁴ Amado Nervo, *Obras completas*. Texto al cuidado de Alfonso Reyes, 49, Tomo VI. Se puede buscar en: <https://archive.org/stream/obrascompletasde06nervuoft/obrascompletasde06nervuoft_djvu.txt>. Consultado en 1 de octubre, 2013.

—Está bueno, dijo Juanito. Y leyó la dirección y le dijo al padre: —Pues nomás necesito unas tenazas.

Entonces, ya se fue y anduvo camine y camine hasta que llegó a donde decía la dirección, que era el infierno. Ahí lo habían mandado para que ya no volviera. Cuando llegó, todos los diablitos se le juntaban alrededor y él los aventaba y les decía: —Háganse para allá, yo quiero hablar con el jefe de ustedes, con el diablo grande. Así que vayan y háblenle.

Entonces, al poco, vino el diablo y le dijo: —¿En qué te puedo servir?

—Pues le traigo una carta que se la mandan desde un pueblo.

Y le dio la carta que decía: «Diablo, por favor cuando llegue Juan Pelos, échalo al **cazo mocho**». Y, pues el diablo lo iba a agarrar, pero Juan Pelos sacó sus tenazas y lo prensó primero. Y luego, lo amarró con todo y las tenazas. Se montó en el león y se fue de regreso al pueblo. Y al diablo lo venía arrastrando y se olía horrible.

Ya cuando iba a llegar al pueblo, unos hombres lo vieron y le fueron a decir al padre: —Padre, ahí viene Juan Pelos y trae arrastrando al diablo y va dejando una peste espantosa.

—No, dijo el padre, díganle que suelte a ese animal.

—Pues ya le dijimos, dijeron los hombres, pero no quiere y ya viene entrando al pueblo.

Y ya cuando entró, el padre le dijo: —Pero, muchacho, por qué traes a ese animal hasta acá, suéltalo.

—No, dijo Juan, yo se lo traigo para que usted hable personalmente con él y ya no le tenga que mandar cartas.

—Por favor, dijo el padre, ya suéltalo, hijo. No quiero saber nada de ese animal (Zavala, 2006: 17; respecto a este cuento, véase también Carranza, en prensa).

El infierno aparece constantemente en cuentos en donde no se le da mejor tratamiento a los diablillos, recordemos solamente el siguiente, proveniente de Michoacán, en donde un hombre, que promete decir la mentira más grande a una princesa, le cuenta que un día, hablando con San Pedro, le dijo:

—No señor; yo quiero conocer... el infierno; y entonces... lo llevó al infierno y *voltiaron* y *voltearon* y *voltiaron* y... por aquí, hasta que llegó a donde estaban todos los diablos. Y *ora* sí, todos los diablos, empezaron a *jaloniar* y todo; y todo; y luego, los chiquitos le jalaban los calzones, le jalaban los calzones; y entonces, él ya enojado, agarraba a los diablitos de la cola y les decía:

— Estos son chilitos en vinagre, en mi tierra. Y se los comía y se los comía (Medina, 2005: 112-113).

Y vale la pena recordar una estrofa suelta del *Cancionero folklórico de México* en donde el inframundo parece un espacio muy cercano:

Un diablo cayó al infierno,
y otro lo sacó,
y dijeron los diablitos:
«¿Cómo diablos se cayó?» (CFM, 9878).

La tradición oral en torno a los infiernos es más amplia, será objeto de otro estudio, el de los cuentos jocosos, casi siempre «étnicos», que hablan de la llegada del hombre al infierno y su escapatoria a partir de superar las pruebas impuestas por el Maligno. Por lo pronto nos quedaremos en un plano más terrenal, pues el Diablo tiene una presencia constante en la vida cotidiana, en primer lugar, en el habla.

3. EL CHAMUCO EN DICHOS Y REFRANES

El *Refranero Mexicano* que recoge Herón Pérez Martínez registra las siguientes paremias con el diablo como protagonista:

- al mestizo, el **diablo** lo hizo; al indito, el Dios bendito
- bien sabe el **diablo** a quién se le aparece
- de repente, ni el **diablo** lo siente
- el **diablo** y el marido, no tienen cuándo
- el hombre y el **diablo**, no tienen cuándo
- el que da y quita, con el **diablo** se desquita
- el que demonios da, **diablos** recibe
- la tortilla y la mujer, se han de comer en caliente, pues si las dejas enfriar, ni el **diablo** les mete el diente
- pedir prestado, ni a Dios; y regalado, ni al **diablo**
- si sueñas que tienes dinero, no lo creas; pero si sueñas que el **diablo** te lleva, no lo dudes
- ¡Cómo estarán los infiernos, que hasta los **diablos** se salen!

En el Cancionero, que por lo regular tiende a la misoginia, encontramos abundantes canciones sentenciosas, de tono misógino, en las que se afirma que las mujeres son el diablo:

Las mujeres son el diablo,
según lo tengo entendido,
y cuando quieren a otro hombre
hacen guaje a su marido (CFM, II: 5559).

Las mujeres son el diablo,
parientes del alacrán:
cuando ven al hombre pobre
paran la cola y se van (CFM, II: 5566).

Cuando llegamos a encontrar estrofas en tono sentencioso, en las que parece que se intercambiarán los papeles, se afirma:

«El demonio son los hombres»:
eso dicen las mujeres,
pero siempre están deseando
que el demonio se las lleve (CFM, II: 5549).

Y ya es extraordinaria una estrofa como la que sigue en la cual tampoco salen tan bien paradas las mujeres:

El demonio son los hombres
cuando empiezan a querer,
y el diablo son las pelonas
si empiezan a aborrecer (CFM, II: 5497).

Otro dicho totalmente diferente, pero que es interesante también es el de la frase «se lo chupó el diablo», que suele emplearse por las madres para evitar que los niños

coman, o por lo menos introduzcan en la boca objetos que cayeron al suelo. A partir de esta frase, yo he llegado a escuchar el siguiente chiste de Pepito¹⁵:

Avia una vez q pepito iva al centro con su abuelita, y el un poso, se le cae la paleta a Pepito, y la abuelita le dijo [que] ya no [la] recojiera porq[ue] «ya se lo chupo el diablo». Y al día siguiente van otra ves y sa[e] cae la abuelita y Pepito le dice: «no, es q ya te chupo el diablo» jajajajajajajaj, ose[a], ke pedo ¿nooo?¹⁶.

Sospecho que esta frase podría darnos una posible interpretación para la siguiente canción:

El amigo mono (caramba)
se cayó del palo;
por el aire dijo (caramba):
«Válgame San Pablo»,
que si no lo dice (caramba),
se lo lleva el diablo (CFM, «El canelo», 6085).

Lo más probable, sin embargo, es que la oración «se lo lleva el diablo», tenga los significados que suelen ser más frecuentes: «se muere» o por lo menos ‘la pasa mal’.

4. DIABLITOS REALES E IMAGINARIOS

En la vida diaria, la voz ‘diablo’ se emplea con otros sentidos más populares, a decir de Santamaría, de «estilo familiar y festivo». En los mercados y centrales camioneras, por ejemplo, suelen emplearse herramientas como el ‘diablito’, es decir, una carretilla de cuatro ruedas y con dos agarraderas que se emplean para transportar grandes pesos. Las agarraderas figuran cuernos, de ahí, probablemente, el nombre que se le da al aparato. En un sentido algo más picaresco, este nombre se usa también en el ámbito de la ferretería y de las conexiones eléctricas, pues se denomina así al «instrumento de conexión fraudulenta en instalaciones eléctricas, por efecto del cual no mide la corriente», se trata de un aparato que sirve para robar electricidad de los cableados públicos (Santamaría, cf. DRAE).

¹⁵ Pepito, diminutivo de José, es el nombre que se le da en México al personaje picaresco, casi siempre representado como un niño, que suele ser el protagonista de una inmensidad de chistes y otros relatos jocosos. En otros países suele conocerse como Jaimito o Benito.

¹⁶ Reproduzco el texto tal como lo encontré en la página de Internet (<https://www.facebook.com/pages/Ose-k-pedo/300106193445111>, consultada en diciembre de 2013), pues me parecen interesantes los manejos y la oralidad que puede reflejarse en estos documentos. Mantengo, por tanto, los errores ortográficos aunque sí introduje todos los signos de puntuación (no había ninguno), y algunos corchetes para facilitar la lectura. La frase final: «O sea, ¡qué pedo! ¿no?» es frecuente entre los jóvenes, de hasta 40 años, y sirve para mostrar asombro o sorpresa. «¿Qué pedo?» es un coloquialismo que suele emplearse para preguntar: «¿qué pasa?» o «¿cuál es tu problema?» de un modo agresivo, aunque actualmente es tan constante que ha perdido ese sentido con el tiempo.



Foto: «Diablito», Guillermo Carranza Farias, Ciudad de México, diciembre, 2013.



Imagen: Campaña de la Compañía de Luz y Fuerza del Centro.

Más allá de las metáforas y metonimas. En México, como en muchos otros países, nuestro personaje suele apropiarse de los espacios festivos, como en otros tiempos, se convierte en el protagonista en fiestas de carnaval y Sábado de Gloria en la Semana Santa, en donde los muchachos emplean máscaras con imágenes terribles o ridículas para perseguir a las personas y pedir una limosna, además, en la misma fecha, se acostumbra realizar la tradicional «quema de Judas», que son monigotes de cartón con figuras de diablos o de los políticos más detestados en ese momento.

El «Amigo», en realidad, ha terminado por formar parte de la tradición artesanal de México, en particular en el estado de Michoacán, en donde los seres se moldean en situaciones más o menos cotidianas: viajando en lanchas, helicópteros y camiones, re-

posando bajo los árboles, charlando en una banca del parque, trabajando, enamorando a diablasas o tocando diferentes instrumentos musicales¹⁷.



«Diablo en helicóptero», Ocumicho, Michoacán, foto de: Israel Trejo, El Colegio de San Luis, febrero 2013.

Entre las historias que escuché en Michoacán, respecto a la fabricación de estos seres fantásticos, predomina aquella que aseguraba que al primer artesano se le apareció en sueños el Diablo, tal como se moldea en Ocumicho, y prometió darle la inspiración para sus próximas creaciones. La leyenda nos recuerda que en realidad el Demonio es bueno en las artes. Como señala Isabella Leibrant,

Otras características en la figura del diablo son además sus diferentes apariencias como artesano (molinero, constructor, herrero) que le concede una función de creador que contribuye a su manera a la cultura del hombre. Así, se percibe que el diablo dispone de unas capacidades artesanales y técnicas que el hombre no tiene, pero a la vez se deja engañar por el hombre, que le supera intelectualmente. Esta peculiar relación desvela una confrontación del diablo con el hombre en la que percibimos una extraña mezcla entre cercanía y confianza por un lado y miedo o una amenaza constante por el otro (Leibrant p. 12).

En Michoacán también grabé la siguiente historia que Bladimiro, un gran narrador de la región, siempre contaba entre risas:

Un muchacho que me contó a mí, porque empezamos a hablar de que, que si existía el diablo o no, entonces él dijo no, que, que sí existía, que, que él vio ¿no? Entonces dijo que él andaba en malos pasos pero no me dijo en qué, pero que él siempre llegaba en su casa como a las tres de la mañana. Y..., y en esas horas pus, que tenía hambre y, y llegaba a su casa en la cocina. Como por allá tienen cocinas de..., de este, de madera, y hay a veces que tienen rendijas...no, no están bien.

Tons que él, que él sentía una sensación así como de que, que alguien lo estaba viendo, pero siempre cuando llegaba. Y que un día, pues, sentía así, pues: «¿quién estará viendo?, aquí es en mi casa y *pus* no hay nadie, ya todos están dormidos».

Entonces, una vez que *pus* él le ocurrió a ver ahí en la rendijas, así y que vio así, pues, le vio los ojos, que lo estaban viendo. O sea, vio los ojos y dijo *¿ps* quién será? Y *entons*,

¹⁷ Véase la entrevista: «Premios nacionales, 2009. Moldean irreverencia y erotismo con el barro de Ocumicho», Melina Gil, *La Jornada Michoacán*, Sección Cultura, 9 de diciembre de 2009. <<http://www.jornada.unam.mx/2009/12/09/cultura/a03n1cul>>. Consultado 10 de junio de 2013.

ya sale tranquilo y, y le sale la vuelta así... y *ps* no, no había nadie. Entonces así pasó otra vez, y sentía y... «Yo creo me imaginé o algo». Y así. Y un día que él sintió que lo estaban viendo. Pero él dijo: «no, *ps* ahorita voy a salir rápido para, para ver quién es, *pa* que no, no se escape, pues, *pa* que no se vaya».

No pus que así le hizo: estaba comiendo y que de un repente se sale. Y ya, al salir allá, que estaban dos diablitos. Dijo: «chiquitos así, como que, apenas también ellos iban ensayando» [risas].

Y yo le dije: «¿Y cómo eran?». Dice: «No, pus eran como niños, pero, ya transformados bien, así como, como los pintan, así con su colita y sus... sus, este, cuernitos también chiquitos».

«No, pues [sigue contando quien experimentó el encuentro con los diablos], yo me enmudecí, así, como sentí un así, pues, feo ¿no? Y, y yo, yo me quería echarme para atrás y ellos venían contra mí [...]. Yo pensaba, ¿pues cómo me van a ganar? Pues yo también iba, así con ánimo, adelante. Y ellos también se iban a, por, hacia atrás» [risas].

Y que así se traían, pues, ahí. Y dice, yo creo, yo gritaba o no sé qué, que, qué hacía, pero..., pues yo no sentía nada, así que, entonces en eso se levantó mi mamá y me dice “¿Qué traes?” . Y yo le digo... Yo, yo pues no le dije nada o yo vi esto y este... pues no le dije nada y cuando *voltié* a contestarle y ya cuando *voltié*, pues ya no vi nada, pero, dijo Héctor que, que sí había visto pues, los, los diablitos, pero que eran chiquitos. Y él por eso dice que, que sí este, que sí pues existen, que, que a lo mejor por eso, porque él andaba en malos pasos¹⁸.

A diferencia de otros diablos que se encuentran en algunos relatos, y cuya gracia estriba por lo regular en sus errores y debilidades, los demonios anteriores son graciosos porque tienen actitudes similares al de la persona. En realidad, esta humanidad en El Maligno le da un tono familiar casi enternecedor, no es una entidad religiosa, ajena, sino un «senón vivo, operativo, intrigante, enreadador na vida cotiá» (Pedrosa 2004: 14), pero en textos y en esculturas también es un simple personaje que bebe, come y muere, como cualquier mortal. Así se le representa también en el *Cancionero Folklórico de México*, en donde puede sufrir de alcoholismo, de afecciones de garganta e incluso de falta de dinero:

El diablo se fue a tomar,
y le dieron pulque curado;
de tan sabroso que estaba,
que hasta se quedó tirado (Estrofa suelta, 9826).

El diablo se fue a pasear,
y le dieron chocolate;
de tan caliente que estaba,
que hasta se quemó el gazzate (Estrofa suelta, 9827).

El diablo perdió un centavo
la noche de San Miguel,
y era el único dinero
que tenía para perder («Los Padres de San Francisco», 9828)

¹⁸ Bladimiro Felipe Cruz, 45 años, trabajador de la Universidad Intercultural Indígena de Michoacán, originario de Comachuén, Mich., entrevista realizada en febrero de 2009. Señalo con cursiva los dialectismos y las palabras que se pronuncian como apócope, como: *pus* por ‘pues’, *tons*, o *entons* por ‘entonces’, estas suelen ser comunes en el habla cotidiana de México. En algún caso también conservo una discordancia de artículo con sustantivo «la rendijas», pues así lo pronunció el informante cuya primera lengua es la p’urhépecha. Los hablantes indígenas suelen tener dificultad con las concordancias en el español, que es su segunda lengua.

5. JUEGOS Y COPLAS

Como ocurre con los cuentos, el diablo no queda fuera del mundo infantil, así lo encontramos en varios juegos como el que cito a continuación:

«El patio de mi casa»
(Distrito Federal)

El patio de mi casa es particular,
Se barre y se moja como los demás.
Agáchense, y vuélvanse a agachar,
Las niñas bonitas se vuelven a agachar.

Los niños de la rueda se acercan poco a poco al niño del centro:

Chocolate, molinillo (hacer el movimiento de batir con las manos), chocolate, molinillo, tienes cara de zorrillo.
Estiran las manos sin soltarse:
Estirar, estirar, que el demonio va a pasar.

Se estiran lo más que pueden y el diablo, de cojito, brinca y canta:

El diablo: Desde chiquitito yo quedé un poco cojito de este pie.
Cuando se cansa, para. El niño del centro, es el demonio ahora (Pardo, 2005: 67-68).

Según sé, esta canción es tradicional en otras partes del mundo hispánico, en España, por ejemplo, se pueden encontrar varias versiones, especialmente de la parte concerniente al diablo, que sin duda recuerda al tradicional Diablo Cojuelo, que, como ya comentara Delpech (2004: 110-111) es un personaje de «naturaleza folklórica», que suele representarse como un ser familiar, «más bien simpático». En el juego para niños, sin embargo, estos asuntos no son tan importantes.

Otro de los juegos en el que nuestro personaje también tiene alguna colaboración es el de la Lotería. Este juego, similar al bingo, muestra las figuras de la muerte, el diablito, la sirena, como personajes sobrenaturales, acompañados de cazos, nopales, sandías, soles, gallos, etcétera. Se juega o jugaba en las ferias y en los hogares.



Entre las particularidades que suelen acompañar a este juego, una de ellas es la acción de «cantar las cartas», es decir, quien llevaba el juego —el gritón—, solía pararse al centro de la mesa y dar una pista inicial, cantar una copla, una adivinanza o alguna frase, que permitiera al jugador adivinar de qué cosa, animal o personaje estaba hablando. Recordemos con el escritor Antonio García Cubas, quien a principios del siglo XX incluía la siguiente crónica en sus escritos:

Quando los cartones eran de números no gritaban los nombres con que son conocidos, sino los que les habían asignado en el juego, y así decían: «las palomitas», el 22; «las alcayatas», el 77; «los anteojos de Pilatos», el 8.

En la lotería por figuras tampoco se mencionaban los nombres de éstas, sino frases a ellas alusivas. Así por ejemplo, gritaban: «el que le cantó a San Pedro», el gallo; «el abrigo de los pobres», el Sol; la «perdición de los hombres», una dama; «Don Ferruco en la Alameda», un petimetre; «Mariquita y Juan Soldado», una mexicana del brazo de un militar; «la arma de un valiente», un machete; «¡Ave María Purísima!», el diablo; «las insignias del militar», unas charreteras; «la pelona», la muerte; «el amigo de los hombres», el perro; «va parriba San Lorenzo», la parrilla; «no talmires eso», el almirez (García Cubas, 1997: 51).

Ejemplos de estos cantares de las cartas es la siguiente adivinanza que se ha recogido en tres poblados de Veracruz: «El que es coludo y verde: el diablo» (Ozuluama, Tantoyuca y Chicotepec)¹⁹. O la siguiente copla:

Soy el diablo y he llegado,
aunque no me puedan ver;
No vengo pidiendo fiado,

¹⁹ Cfr. «Gritos y versos de lotería», 1997, p. 67.

ni tampoco de comer:
«¡El Diablo!»²⁰.

Al final, quien había completado todas las casillas con fríjoles, gritaba: ¡Lotería! Y con ello ganaba el juego.

En un ejemplo recogido en Tamaulipas, se nos relata que los versos de lotería eran muy populares en 1927, Gloria Libertad Juárez cita los versos que se recitaban cuando aparecía nuestro personaje: «El diablo son las mujeres / cuando se quieren casar» (2007: 53)²¹.

Textos como los anteriores se plantean como un acertijo que debe ser resuelto con rapidez por parte del receptor de las coplas, versos o frases, que es, a decir de Caterina Camastra, «un “ingenio lector” familiarizado con el discurso cultural que proporciona la clave para la resolución del reto» (2006: 129), y era justamente esta una parte importante del juego, pues los cantares se declamaban lentamente mientras que la respuesta se decía tan rápido que, si no se entendía la primera parte y no se captaba rápidamente la segunda, se corría el riesgo de perder la carta.

Como podemos ver, nuestros personajes ocupan un lugar importante en este tipo de juegos, el diablo suele llamarse «el diablito» y la muerte suele aparecer en posturas graciosas, aunque carecen de la gracia de otras representaciones.

6. «CÍSCALE, CÍSCALE...»

Para finalizar, quisiera recordar otra fórmula que suele recitarse frecuentemente en el ámbito infantil:

¡Císcale, císcale,
Diablo panzón!

Este conjuro²² es un llamado a nuestro personaje para, a decir del *Diccionario de la Academia Mexicana*, «tratar de que alguien pierda la concentración y se equivoque». Suele reproducirse constantemente y tiene numerosas variantes, entre ellas, la más numerosa es la que emplea el verbo ‘cebar’, de «cebarse. loc. No dar resultado. || cebársele a alguien. loc. No darle resultado» (*DBM*): «Cébale, cébale, diablo panzón»; «chispalo, diablo panzón», de «chisparse: 1. prnl. Méx. zafarse (|| escaparse)» (*DBM*); o bien: «úchala,²³ úchala diablo panzón». Algo más alejado del sentido que suele dársele a este conjuro, encontré uno que decía: «discolo, discolo...».

Esta serie de conjuros tienen una estructura muy básica: la orden y luego el vocativo, que no es de ningún modo, tan serio como cabría esperar. Suele usarse en tono de broma, sin esperar un verdadero resultado ante la petición, que casi siempre es provocar que el receptor se equivoque o no consiga algún objetivo. Está emparentado con conjuros que invocan al diablo en juegos infantiles (Pedrosa, 2005: 16-18).

²⁰ <<http://loteriaganadora.com/loteriaganadora/historia-de-la-loteria-tradicional-wikipedia.aspx>>. Consultado el 20 de febrero de 2014.

²¹ En Textos que en realidad suelen aparecer en el *Cancionero Folklórico de México*, vid. supra, p. 16.

²² Como señala Araceli Campos, el conjuro es la «invocación y petición» que tiene un «carácter imperativo» (2011: 44).

²³ Estaría emparentado con exclamaciones como «¡jújule! o ¡hújule!» (Quizá de *uh*, interjección de desdén, + *-le.*) interj. de admiración, de sorpresa o de burla) (*DBM*), yo añadiría que ambas formas suelen manifestar desesperación, enojo e incluso resignación.

Ahora bien, respecto al «Diablo Panzón», todavía no he encontrado ninguna referencia útil. Quizá está asociado con la tradición de las piñatas en México, que de acuerdo a un artículo que hablaba sobre el tema:

representa al diablo panzón que atesora en su barriga los frutos de la Tierra y es rota durante la posada. La piñata es una olla de barro cocido, forrada con papel y adornada según la imaginación del artesano, en su interior se le colocan golosinas y se comen al final los platillos propios de cada región²⁴.

Otra tradición navideña en la que se suele representar al Diablo son las Pastorelas, representaciones teatrales del nacimiento de Cristo y del viaje que hicieron los pastores para presentarle sus ofrendas. En México, esta representación tradicional suele tener como protagonistas a pastores indígenas, que son defendidos por los arcángeles Miguel o Gabriel contra las asechanzas de El Maligno, quien, junto a uno o más demonios menores, trata por todos los medios de impedir su llegada. En las representaciones «tradicionales», los diálogos son por lo regular graciosos y ágiles. El diablo es el personaje principal pues es quien aventura temas y críticas que en otros contextos no se dirían, y en sus representaciones también suelen involucrar las últimas novedades, por lo que la obra, que cambia algunas de sus líneas cada año por lo mismo, se vuelve una sátira muchas veces política y social.

Haría falta un estudio más amplio respecto a este tema, desde la perspectiva de la literatura popular y tradicional, sin embargo, por lo pronto, me gustaría finalizar este trabajo citando una estrofa clásica en esta representación, en donde la escena principal se da cuando luchan Miguel/Gabriel contra Lucifer, quien, al final, humillado, exclama:

¡Vencites! Miguel, ¡vencites!,
por favor guarda tu espada,
ora sí ya me jodites
y me largo a la... fregada²⁵.

7. CONCLUSIONES

Como señalaba al inicio de este trabajo, resulta muy difícil abarcar todas las manifestaciones diabólicas dentro de la tradición oral de México, y sin duda ocurrirá lo mismo en otros países. A pesar de que a esta entidad se la reconoce bajo la tradicional visión ortodoxa, como el Maligno, su representación folklórica suele abrir muchas más perspectivas que resultan más festivas y positivas. El diablo, de este modo, tiene un lugar prioritario en canciones, juegos infantiles, fiestas, narraciones, en donde se le representa de una manera muy diferente a la que suele privilegiar la religión oficial: es un personaje colorido, gracioso, pícaro, de un «peculiar humorismo», que de alguna mane-

²⁴ «Las posadas», Otto Schober, *Zócalo Saltillo*, <<http://www.zocalo.com.mx/seccion/opinion-articulo/las-posadas1/>>. Consultado el 1 de febrero de 2014.

²⁵ Esta estrofa proviene de uno de los pocos estudios que existen hoy en día en torno a las Pastorelas. El libro de Romero Salinas, 2005, aporta una visión panorámica de la historia, orígenes e influencias del género. El lenguaje del diablo en esta escena, trata de imitar el lenguaje coloquial de una persona humilde o de pocos estudios. Este acercamiento del personaje es uno de los rasgos que lo vuelven gracioso y por tanto atractivo para los asistentes a la obra, de ahí que Lizardi dijera que «las mejores pastorelas son endiabladas» (Romero Salinas, 2005: 11). La frase, «me largo a la... fregada», es un eufemismo de «me voy a la chingada», que la *DRAE* define como mandar «a paseo», sin embargo esta frase tiene mayores implicaciones que sin duda han provocado las reflexiones de diferentes intelectuales en México, entre ellos Octavio Paz en el *Laberinto de la Soledad*.

ra pareciera contagiar a estos personajes de unas «irreprimibles ansias de vivir» (Lope Blanch, 1963: 13).

Desde otra perspectiva, menos alegre, podríamos decir que algunos de nuestros diablillos llegan a cumplir con otra tarea, que ya Bajtín destacaría para el Carnaval y Bergson para la risa: la de ser los catalizadores de las frustraciones y el enojo de las sociedades reprimidas. Estos diablos que se presentan en fiestas, quemas de Judas, pastorelas, en las revistas, en donde se intercambian con facilidad por personajes o acciones políticas que de alguna manera han provocado la ira de la población –el mismo diablito eléctrico llega a funcionar como un recurso de rebeldía, queja o desesperación de parte de quienes no tienen los medios económicos para pagar la energía eléctrica–, logran servir como instrumentos, y en ocasiones como cómplices, para exponer el inconformismo social e incluso para soportar la pesada carga (como hace el diablito en el mercado), de quienes no tienen la posibilidad de mejorar su situación.

BIBLIOGRAFÍA

- DBM: Diccionario Breve de Mexicanismos*, Academia Mexicana de la Lengua, <<http://www.academia.org.mx>>.
- Diccionario del español de México* (2010): Luis Fernando Lara, dir., México, El Colegio de México.
- Diccionario del español usual en México* (2009): Luis Fernando Lara, dir., 2ª ed., México, El Colegio de México.
- CAMASTRA, Caterina (2006): «Lotería de sones jarochos: la emblemática en la cultura popular», *Revista de Literaturas Populares*, VI-1, pp. 128-152. <<http://www.rlp.culturaspopulares.org/textos/11/06-Camastra.pdf>>
- CAMPOS MORENO, Araceli (2011): *Oraciones, ensalmos y conjuros mágicos del archivo inquisitorial de la Nueva España*, México, El Colegio de México.
- CARRANZA, Claudia (en prensa): «La lucha contra el diablo en algunos ejemplos de la narrativa tradicional mexicana», en *Temas y motivos de la literatura tradicional de México*, Mercedes Zavala y Claudia Carranza, eds., San Luis Potosí, El Colegio de San Luis.
- CÁRDENAS-ROTUNNO, Anthony J. (1999): «Una aproximación al diablo en la literatura medieval española: desde Dominus a Dummteufel», *Hispania*, 82-2, pp. 202-212.
- CFM: Cancionero Folklórico de México* (1975): Margit Frenk, dir., 5 vols., México, El Colegio de México.
- CHEVALIER, Maxime (1999): «¿Diablo o pobre diablo? Sobre una representación tradicional del demonio en el Siglo de Oro», en *Cuento tradicional, cultura, literatura (siglos XVI-XIX)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 81-88.
- DELPECH, François (2004): «En torno al diablo cojuelo: demonología y folklore», en *El diablo en la Edad Moderna*, eds. María Tausiet y James S. Amelang, Madrid, Marcial Pons Historia, pp. 99-131.
- GARCÍA CUBAS, Antonio (1997): «Fiestas del azar en Tlalpan», *Artes de México. El arte de la suerte*, 13, pp. 47-51.

- «Gritos y versos de la lotería» (1997), *Artes de México. El arte de la suerte*, 13, pp. 67-70.
- LEIBRANDT, Isabella (2007): «La figura del diablo en las tradiciones populares germánicas y occidentales», *Culturas populares. Revista electrónica* 4 (enero-junio), <<http://www.culturaspopulares.org/textos4/articulos/leibrandt.pdf>>.
- LIBERTAD JUÁREZ, Gloria (2007): «Coplas de la Lotería en México», *Revista de Literaturas Populares*, VII-1, pp. 52-57. <<http://www.rlp.culturaspopulares.org/textos/13/03-Libertad.pdf>>
- LOPE BLANCH, Juan M. (1963): *Vocabulario mexicano relativo a la muerte*, México: UNAM.
- MADROÑAL, Abraham (2001): «Lenguaje e historia: *El pleito que tuvo el diablo con el cura de Madrilejos*», en *La teatralización de la historia en el Siglo de Oro español. Actas del III coloquio del Aula-Biblioteca «Mira de Amescua» celebrado en Granada del 5 al 7 de noviembre de 1999 y cuatro estudios clásicos sobre el tema*, eds. Roberto Castilla Pérez y Miguel González Denigra, Granada, Universidad de Granada, pp. 329-338.
- MARROQUÍN ZALETÁ, Enrique (s.a): «La cueva del Diablo: análisis y reconstrucción de un mito zapoteco», *Revista académica para el estudio de las religiones*, tomo III, Capítulo 3, pp. 41-59.
- MASERA, Mariana (2004): «La religiosidad en el cancionero popular mexicano-novohispano: de la Virgen al Diablo», en *De la canción de amor medieval a las soleares: profesor Manuel Alvar «in memoriam»: (Actas del Congreso Internacional «Lyra minima oral III», Sevilla, 26-28 de noviembre de 2001)*, Pedro Manuel Piñero Ramírez, coord., Sevilla, Universidad de Sevilla.
- MENDOZA, Vicente T. (1995): *Lírica infantil de México*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Naranja dulce, limón partido. Antología de la lírica infantil mexicana* (1996): Mercedes Díaz Roig y María Teresa Miaja, sel. y pról., México, El Colegio de México.
- PARDO, Berenice (2005): *Juegos y cuentos tradicionales para hacer teatro con niños*, México, Pax.
- PEDROSA, José Manuel (2004): «El diablo en la literatura de los Siglos de Oro: de máscara terrorífica a caricatura cómica», en *El diablo en la Edad Moderna*, eds. María Tausiet y James S. Amelang, Madrid, Marcial Pons Historia, pp. 67-98.
- PEDROSA, José Manuel (2005): «Deus e o demo na literatura de tradición oral», en *Actas da I Xornada de Literatura oral. A figura do demo na literatura de tradición oral*, Galicia, Asociación de Escritores de Lingua Galega, pp. 12-46.
- PÉREZ MARTÍNEZ, Herón (s.a.): Refranero mexicano, en *Academia Mexicana de la Lengua*. <<http://www.academia.org.mx/refranero.php>>.
- RAMÍREZ GONZÁLEZ, Martha Isabel, (2014): «El diablo y sus formas. Representaciones del demonio en leyendas tradicionales de México», en *La ascensión y la caída. Diablos, brujas y posesas en México y Europa*, Claudia Carranza Vera, ed., El Colegio de San Luis, San Luis Potosí, pp. 147-158.
- ROMERO SALINAS, Joel (2005): *La Pastorela y el Diablo en México*, México, Porrúa, 2005.
- SANTAMARÍA, Francisco J. (2005): *Diccionario de mejicanismos: razonado; comprobado con citas de autoridades; comparado con el de americanismos y con los vocabularios provinciales de los más distinguidos diccionaristas hispanoamericanos*, 7ª ed., México, Porrúa.

ZAVALA GÓMEZ DEL CAMPO, Mercedes (2006): «Cuentos», en *La tradición oral del noreste de México: tres formas poético-narrativas*. Tesis de Doctorado. México, El Colegio de México.

Fecha de recepción: 7 de mayo de 2013
Fecha de aceptación: 6 de septiembre de 2013

